

cracia. El libro permite entender la situación actual y realizar una prognosis de lo que puede suceder a corto plazo. El análisis que se realiza está bien estructurado. Las citas contienen una información valiosa y actual sobre la situación española, incluyendo autores nacionales y extranjeros. La bibliografía que se presenta es excelente.

Parece que la crisis económica mejora, el paro desciende y los/as políticos aprenden ética. Con la par-

ticipación de nuevos agentes en política, como mujeres y minorías, se ofrecen puntos de vista novedosos en el escenario político. Durante el proceso democrático la legitimidad económica del Gobierno se va ampliando hacia áreas de contenido más social. Cada vez aparece más claro que la democracia es un proceso y no un puerto de llegada².

Tamyko YSA

CRISTÓBAL TORRES ALBERO

Sociología política de la ciencia

(Madrid, CIS/Siglo XXI de España Editores, 1994)

«La ciencia colegiada, institucionalizada, siempre es vulnerable a la acusación de que no es más que un "sistema" que sólo defiende su propia ortodoxia.»

John ZIMAN

Una de las más piadosas metáforas sobre la evolución del conocimiento científico —como un proceso gradacional y acumulativo— era aquella que acudía al aforismo medieval de los enanos contemporáneos que son capaces de ver más lejos porque van al hombro de los gigantes clásicos. Parece que estamos viviendo un tiempo en que los enanos se cansaron de viajar a hombros de gigantes, y decidieron que en vez de ver más lejos preferían descubrir que aquello que decían ver los gigantes no era verdad o que, por lo menos, era sólo *su* verdad. Así hemos pasado, y estamos pasando, por un proceso de ataque, acoso y

derribo al discurso tradicional y ortodoxo del conocimiento científico —así como de sus fundamentos epistemológicos, hasta hace poco immaculados—, de tal manera que cuando recibimos la difícil arqueología del saber foucaultiana, que acababa derivando el saber del poder, o el adiós definitivo a la razón entonado por Paul K. Feyerabend, ya podíamos imaginarnos que los caminos habían quedado abiertos para continuar con una deconstrucción de los discursos científicos (y cientifistas) hecha con una radicalidad y una virulencia hasta ese momento inespereable.

La ironía postmoderna continuaría, de esta manera, por la senda abierta, presentando a la ciencia como una

² Es importante para este punto leer a Robert A. DAHL, *La democracia y sus críticos* (Barcelona: Paidós, 1992).

dama orgullosa, y un tanto autista, demasiado pesada y lenta como para poder esquivar las flechas afiladas que esta postmodernidad rampante le lanzaba. Al fin y al cabo, era lanzar todo un ataque desmitificador y trivializador sobre la ciencia como el metarrelato, quizá, más representativo y con mayor fuerza estructuradora de la modernidad. Tratando de poner en desoladora evidencia —desde el redescubrimiento de los saberes narrativos, el cotidianismo, la hipercomplejidad y el azar— que las viejas actitudes del positivismo cientifista están más desnudas que el emperador de la fábula infantil.

Pero el problema de toda esta deconstrucción y toda esta desmitificación era llegar a un punto de no retorno en el que, como en el viejo dicho anglosajón, tirásemos el agua sucia del baño con el niño dentro, esto es, que gran parte de los avances del conocimiento (lo mejor y más auténtico y no sólo lo peor y más falso) se nos vaya por el sumidero. Quizá —vamos a ponernos en clave habermasiana— la ciencia, como la Ilustración, es un proyecto inacabado que hay que criticar para mejorarlo y superarlo, y no simplemente negarlo (o, mejor, denegarlo en el sentido freudiano) como actitud más contramoderna que postmoderna.

El libro de Cristóbal Torres que motiva estas páginas es un magnífico ejemplo de actitud dialógica con el conocimiento científico, desde la mejor tradición de la sociología —o, mejor, de las sociologías—, hecho a partir de una escrupulosa revisión de los hitos de la sociología de la ciencia, como línea de investigación ya asen-

tada y bien madura, así como de disciplinas y caminos de avance paralelo, o por lo menos cercano, como la historia y la filosofía de la ciencia.

De esta forma, por sus páginas van desfilando las tesis clásicas de Robert K. Merton, de las que el autor realiza una más que minuciosa lectura, revisando, delimitando y engarzando sus diferentes etapas y publicaciones. Pasando luego a las revisiones del funcionalismo hechas justo cuando la crisis de la sociología occidental —si utilizamos el término de Alvin Gouldner— o simplemente sociología norteamericana —como insistía nuestro llorado Juan F. Marsal— empezó a poner severos límites de circulación y comprensión a las explicaciones funcionales. Se revisa así una oleada de versiones etnometodológicas, interaccionistas, fenomenológicas y, en general, microsociológicas que entraban con fuerza en la sociología de la ciencia, desplazando, en parte, al sólido monolito funcionalista. Por fin, se pasa revista a la era del redescubrimiento de Wittgenstein, al uso de las teorías narrativas y a la revolución cognitivista. En una palabra, el constructivismo en todas sus versiones abría la recomposición radical, «fuerte o superfuerte», de la sociología del conocimiento científico, recomposición que ha acabado cristalizando en una nueva sociología de la ciencia, preocupada por hacer una etnografía concreta de la vida laboral de los científicos, lo suficientemente «caliente» como para ser capaz de abrir el blindaje que la ciencia, de modo habitual, se ha otorgado como forma de autodefensa y diferenciación social.

Paseo, por tanto, por nombres como Merton, Barber, Price, Barnes, Bloor, Mulkay, Knorr-Cetina, Latour, Woolgar y un larguísimo etcétera, pero también, y esto es más importante, a nuestro entender, paseo por una serie de conceptos que estructuran el campo de análisis. Así, el triple acercamiento, orden, poder/autoridad y cambio, en el mundo científico, nos introduce en el núcleo de la sociología política, como conjunto de lógicas explicativas del acontecer científico. Sociología política que se lleva hasta sus últimos extremos cuando el autor, señalando las limitaciones de una visión únicamente legal-racional de la ciencia, opta por la aplicación completa de los siempre enriquecedores y fructíferos tipos ideales weberianos de autoridad —y, en general, todo el trasfondo del análisis del poder en Weber— para centrar su lectura política de la ciencia. La ciencia es un juego de poderes —no sólo de saberes— donde lo carismático, lo tradicional y lo racional-legal se mezclan y entremezclan, formando una imagen que poco tiene que ver con la inocente y aséptica representación positivista y/o analítica de la ciencia. Lo mismo ocurre cuando Cristóbal Torres decide —utilizando a otro gran clásico de la sociología: Ferdinand Tönnies— desmontar, o al menos limitar, el concepto horizontalista y fraterno de comunidad científica para entrar, sin reparos —junto, por ejemplo, con Karine Knorr-Cetina—, en otro mucho más interesado, jerárquico, anónimo y orgánico de asociación o sociedad científica.

En la parte final se plantea el problema de la ciencia y el cambio cien-

tífico, revisando las tesis clásicas del falsacionismo popperiano y del progreso científico, con sus epígonos más conocidos, así como la obra de Fleck como punto de arranque de las tesis que luego Kuhn se encargará de sistematizar, no sin ambigüedades notables, y difundir. Por lo que a renglón seguido se abre un replanteamiento de la obra de Thomas S. Kuhn en buena medida repolitizando y resociologizando sus fundamentaciones o, mejor, mostrando con suficiencia que sólo desde una lectura fuertemente sociologizada de estos fundamentos, y no sólo de su contemplación desde lo estrictamente epistemológico, se pueden defender los planteamientos del autor norteamericano.

Libro, por tanto, rico y enjundioso, que además es susceptible de ser leído de muchas maneras; o bien como una magnífica revisión de los principales tópicos —en el sentido anglosajón del término— de la sociología del conocimiento y de la ciencia, desde los más conocidos a los más novedosos; o también como una relectura de la sociología de la ciencia, especialmente en su clásica versión mertoniana, defendiéndola de los «excesos» y ataques desenfocados de las escuelas y programas más radicales (y también en alguna ocasión más sectarios); por no olvidar una de sus virtudes principales, el planteamiento de una polémica valiente entre las posturas *contextualistas* de la sociología de la ciencia y el análisis lógico analítico, más o menos flexibilizado, de la filosofía de la ciencia.

Obra seria, académicamente muy bien afianzada, un tanto solemne

para el estilo que últimamente observamos en la sociología actual de la ciencia (llena de crónicas, diálogos, historias de vida, estudios de caso, narraciones y hasta incluso ficciones), cosa, por otra parte, explicable si tenemos en cuenta que su versión original es una tesis doctoral leída en el año 1992. Sin embargo, este origen académico inmediato no impide para nada el que sea un producto maduro, bien equilibrado, con criterio de autor sobradamente marcado y con independencia en la exposición y defensa de sus argumentos principales; sólo la forma un tanto abrupta en la que se plantea y se concluye el epílogo hace que se resienta algo una obra que hasta ese momento había mantenido un ritmo ajustado e incluso un suave y armonioso *in crescendo*.

Puestos a echar cosas en falta, un lector quizá algo anticuado, como el que firma estas líneas, encuentra el hueco de las lecturas marxianas y sus derivaciones más o menos contemporáneas. Directamente relacionado con esto nos aparece en toda la obra una visión, quizá, demasiado micropolítica de la ciencia, con lo que se abre el hueco en sus páginas —casi todo un «agujero negro»— de las relaciones de la ciencia con la sociedad política, considerada esta última en su acepción más general. Poder e ideología tienden así, en el libro, a ser considerados más en el marco interno de la vida científica que en sus relaciones con la desigual estructura social general. Refugiarse en la útil, pero insuficiente, versión del internalismo y externalismo de la sociología de la ciencia, es encontrar un refugio segu-

ro pero que no hace más que soslayar el problema. Al fin y al cabo, como señalaron Han Gerth y Ch. Wright Mills en su clásico *Carácter y estructura social*, los científicos —aunque ellos se crean lo contrario— son uno de los grupos más fácilmente manipulables —por su dependencia de recursos económicos y por su permanente y narcisista necesidad de reconocimientos y estatus— y una de las presas más fáciles para los tiburones de la política.

Pero, aparte de todo esto, la obra que aquí nos ocupa nos hace abrir una perspectiva esperanzada sobre la sociología de la ciencia en nuestro país, donde parece que goza de buena salud, ya que en estos últimos tiempos hemos recibido media docena de libros en castellano —en un par de ellos también figura Cristóbal Torres como coautor— que se inscriben en la renovación actual de la sociología del conocimiento y la ciencia a nivel nacional e internacional. Una generación de recambio está llegando con sus tesis y sus libros a la sociología española para continuar una brecha abierta ya por la generación anterior, entre la que cabe destacar aquí la figura, ya tristemente desaparecida, de Esteban Medina, que ha dejado una estela de la que el libro de Cristóbal Torres es deudor inequívoco. Muy pronto, me imagino, veremos llegar los estudios de casos concretos referidos a la ciencia y la universidad española, lo que será su gran prueba de fuego; algunos estamos ya impacientes por recibirlos y, a la vez, esperando y deseando lo mejor. Si Paul Feyerabend decía que la filosofía de la ciencia es una disciplina con un

espléndido pasado, pero con un dudoso futuro, obras como ésta de Cristóbal Torres nos hacen, afortunadamente, concebir mejores perspecti-

vas para el futuro de la sociología del conocimiento científico.

Luis Enrique ALONSO

PALOMA ROMÁN (coord.)
Sistema político español
 (Madrid, McGraw Hill, 1995)

Estamos ante un manual elaborado por un grupo de destacados profesionales de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Complutense. Su pretensión, en palabras de la coordinadora de la obra, la profesora Paloma Román, es la de ser un instrumento para cualquier persona interesada en saber qué sea el Sistema político español. No se dirige a un público especialmente versado en las lides académico-científicas, su afán es clarificador, aspirando a servir a los docentes como apoyo en su quehacer cotidiano. Abundando en esa pretensión, contiene un elemento que es clave en su desarrollo, la interacción de las partes que lo configuran. Los trece capítulos en los que se divide la obra constituyen un amplio esfuerzo para acercarnos al panorama de lo que en esencia es el tema que les ocupa: lo político en España en un sentido amplio. Se atienden, así, desde cuestiones que tradicionalmente han sido tratadas por la ciencia de la administración hasta temas abordados sistemáticamente por la sociología política.

Se configura el libro como un crisol que ha de verse en su conjunto,

por paradójico que resulte, de una pretensión sistémica en *stricto sensu*. No se cierra sobre sí mismo. Sugiere, más que dicta, y así habrá de ser leído, como una incitación a la profundización.

Los ensayos que dan contenido a cada capítulo se envuelven recíprocamente (sistémicamente, podríamos decir, en palabras de I. Berlin), logrando de ese modo mostrarnos el Sistema político español de una forma dinámica, viva. Esa es su gran virtud. Como defecto, quizá difícilmente subsanable atendiendo a lo hasta ahora apuntado, podríamos señalar las duplicidades, los solapamientos, que afloran en aspectos concretos.

La obra comienza con el epígrafe dedicado a la evolución histórica y constitucional del Sistema político español, realizado por la profesora Carmen Ninou. Un recorrido histórico exhaustivo, en el que la trabazón argumentativa de los cuatro apartados gira en torno a la inestabilidad constitucional española. El siglo XIX, con sus continuos y complejos vaivenes, se nos traslada con claridad y sencillez, algo que sin duda percibirán los